

parable de bellezas naturales! Puede decirse acerca de ella algo semejante á lo de Hamlet á Horacio: "Hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que pueden soñarse."

### CAPITULO VIII.

#### SACRAMENTO.

California no debe su prosperidad á su anexion á los Estados-Unidos. El engrandecimiento prodigioso de esta comarca tiene por causa el descubrimiento del oro. La emigracion considerable que el precioso metal atrajo dió vida á la agricultura y al comercio, y ya despues estos, con fuerzas bastantes, pudieron subsistir y desarrollarse por sí mismos.

No hay ejemplo en la historia, desde la fundacion de Roma, de un incremento tan rápido. De un molino establecido en Sacramento partió el grito de riquezas fabulosas encontradas, grito cuyo eco repercutió en todo el mundo.

Desde la famosa expedicion de Sebastian Viscaino en 1602, los Indios habian señalado la existencia de oro en el país. Los padres Jesuitas tuvieron iguales revelaciones. Pero sin duda las consideraron exageradas, y además las minas inagotables de México y el Perú hacian en aquella época una concurrencia demasiado victoriosa á las esperanzas de California.

Un oficial suizo, llamado Sutter, obtuvo del gobierno mexicano, en 1839, una concesion liberal de tierras á ori-

llas del rio Sacramento. Pronto convirtió aquello en una próspera negociacion agrícola. A principios del año de 1848 se ocupaba en establecer una máquina de aserrar madera, cuando el carpintero, encargado de la direccion de la obra, se fijó en la arena depositada por la caída de agua del molino y percibió en ella algunas partículas relumbrantes.

Las juzgó al principio cobre.

Mas despues comenzó á sospechar la importancia de su descubrimiento y, á pesar de un tiempo espantoso, partió con precipitacion en busca del propietario. Sus vestidos mojados, la peticion que hizo de una conversacion absolutamente secreta, las precauciones que tomó para no ser oido, causaron á Sutter extrema sorpresa; pero su asombro no tuvo límites cuando vió las muestras que se le enseñaron. Era oro, oro del más fino. Ensayos por el agua real no dejaban ninguna duda.

Los dos prometieron guardar absoluto secreto. Al dia siguiente, provistos de un azadon y una pala, hicieron, de distancia en distancia, varias excavaciones en los arroyos cercanos. En todas partes, pepitas; por donde quiera, oro.

No era fácil, sin embargo, tener oculto el descubrimiento. Habian sido vistos por un indio: y aunque quisieron hacer creer que aquello no era sino mica, no lo consiguieron. La noticia corrió con la rapidez del rayo, y algunos dias despues centenares de mineros interrogaban las arenas del nuevo Pactolo.

San Francisco, Monterey, las Misiones, las haciendas, fueron abandonadas por sus habitantes. Los vecinos de

Oregon acudieron á su turno. Los americanos del Este desafiaron peligros innumerables para llegar más pronto por las Montañas Rocallosas. Por último, navíos de todas naciones arrojaron sobre las costas una avalancha irresistible de colonos.

La propiedad de Sutter fué invadida por completo. Cabañas, tiendas, campos enteros, se establecieron en sus posesiones. No le quedó un solo pedazo de tierra que no fuese revuelto, volteado de arriba á abajo, para arrancar el metal precioso.

Ya no fué dueño en su casa. De cualquier lado que dirigiése la vista no distinguia sino hombres desconocidos blandiendo palas, azadones, palancas. Se hubiera dicho que el suelo engendraba trabajadores fantásticos. En vano exhibió sus títulos de propiedad, perfectamente en regla, é hizo valer su carácter de ciudadano de los Estados-Unidos. No se hizo caso de sus protestas y las investigaciones continuaron con el mismo ahinco.

Sutter llegó á ser uno de los individuos más pobres de California. La ciudad de Sacramento le tomó una parte de sus tierras; los buscadores de oro la otra; y no pudo obtener justicia contra ninguno. Un dia tuvo la desgraciada idea de querer volver á su casa acompañado de soldados: sus locatarios lo recibieron á balazos, derrotaron su pequeño ejército, y nadie se atrevió ya á prestarle auxilio en adelante.

De este modo pagó aquel hombre su ingratitud hácia México. Hecho rico por nuestro gobierno, correspondió á la hospitalidad promoviendo disturbios, queriéndose constituir en una especie de poder independiente:

llamó americanos á su lado; deseó la anexión. Ya hemos visto los beneficios que esto le produjo.

La zona aurífera no estuvo limitada á los terrenos de Sutter: se extendia por la mayor parte de la region regada por el rio San Joaquin. De aquí provino la division en placeres del Norte y del Sur; la explotacion de los cuales produjo inmensas riquezas, á las que ha debido California su incremento y poblacion.

.....

.....

Sacramento es hoy una ciudad de 22,000 almas, situada en un valle fértil y delicioso; *urbs in horto*. Es la capital del Estado. La blanca cúpula del Capitolio se levanta, como un pálido planeta, encima de las verdes ondas y de las banderas tremolantes de una vegetacion semi-tropical. Aquel planeta, dice un escritor americano, no tiene más que una mansion, el Templo de la Libertad, y un habitante, el Génio del Poder de California.

Sacramento es una poblacion de ventajas comerciales. Los negociantes de Nevada, Norte de California y Utah, arreglan allí sus fletes con ménos gastos que desde San Francisco. Las harinas abundan, lo mismo que las frutas y legumbres, producto del rico suelo de aluvion de aquellos rios. Algunas industrias comienzan á fundarse.

La capital de California dista cincuenta leguas de San Francisco. Extiéndese el camino por una de las comarcas más hermosas del globo. Praderas verdes, campos de trigo, agua refrescando la tierra... Llama la atencion la multitud de molinos de viento. Es un país propio pa-

ra Don Quijote. El hidalgo español **habría** encontrado en él más gigantes á quienes combatir, que los que pudieron hacerle ver las llanuras de la Mancha.

### CAPITULO IX.

#### ALGO SOBRE SAN FRANCISCO.

Sin participar de la admiracion de nuestros provincianos de las fronteras, que declaran á San Francisco la primera ciudad del mundo, por no haber visto otra cosa más que los pueblos en que nacieron, puede afirmarse, sin embargo, que hay bastante que observar y que tomar en cuenta en esa extension de tierra cortada en calles de todos tamaños y direcciones, variada por colinas desde cuyas cumbres pueden obtenerse magníficos puntos de vista, ceñida por vías férreas, ya de traccion animal ya de cable, y encerrando habitantes de todas naciones: el ruso de barba en cuadro, el español de ancho sombrero, el indio de tez cobriza, el chino de gruesos zapatos y negra trenza, balanceando sobre su hombro una pértiga con canastos á cada extremo, cual si quisiese representar el signo de Libra.

Los restaurants y cantinas gozan allí la edad de oro. Podríase llenar la bahía con sus existencias de licores, y á una persona le seria posible vaciar una copa, durante muchos años, en un lugar diferente. Los hoteles son de primer orden, distinguiéndose entre ellos, el Baldwin, el Occidental, el Lick, el Russ y el Palace.

La sencillez republicana hace que se dirija uno á este último. Su parte exterior es una fabulosa reunion de ventanas saledizas, elevándose unas sobre otras entre delgadas columnas dóricas. ¿Se tuvo acaso en la imaginacion el Argos de cien ojos de la fábula? La parte interior, muy superior á la externa, hace admirar en el patio central la arquitectura dórica en toda su pureza; no hay allí superposicion de un orden á otro. El número de cuartos es considerable. El edificio contiene todo lo que el viajero puede necesitar; baños, peluquería, restaurant, cantina, expendio de tabacos, é innumerables tiendas con puertas hácia el interior.

Los teatros, á semejanza de la mujer del rey Pipino, poco presentan que elogiar. Una compañía de ópera cómica, que no gustó en Nueva-York ni en Filadelfia, hacia las delicias de la ciudad. Un *culebron* titulado «Siberia» enternecia todas las noches al numeroso público que á él concurría. Era preferible un espectáculo barato. En Tivoli Garden, por dos reales «Doña Juanita», preciosa opereta de Souppé en la que se ridiculiza á los ingleses y españoles y solo los franceses quedan bien. La compañía es lo mejor que puede hallarse por el precio: Nueva-York, con sus elementos y adelanto, no proporciona por veinticinco centavos un espectáculo semejante.

En algunos de esos pequeños teatros los concurrentes acostumbran interrumpir á los actores, emprendiendo con ellos diálogos animados. Un episodio ocurrió en uno de ellos, que da idea del carácter que toman á veces estas representaciones:

Habiendo comenzado dos actores á cantar, unos individuos, que ocupaban un palco, intentaron á seguir la voz y gritaron que lo hacian mal.

—Pero caballeros, tengan vdes. la bondad de callarse; están interrumpiendo.....

Las voces continuaron, no obstante repetidas peticiones de los actores para que los dejaran concluir. Por último, exasperado uno de ellos, se dirigió hácia el palco.

—Se necesita no tener educacion para portarse de esa manera.

—¿Qué está vd. diciendo?

—Que no tienen vdes. educacion y que si no les gusta pueden tomar la puerta.

A esto siguió un tiroteo de palabras fuertes; una pistola brilló en el palco y un tiro se hizo oír. Los dos actores habian desaparecido; un cuerpo quedaba tendido en el escenario: todos se agitaron; creyóse que la policía iba á intervenir..... Mas despues se averiguó que aquello era una farsa: lo que estaba sobre la escena era un muñeco de trapo.

El chasco fué del gusto del público. Los actores fueron muy aplaudidos y se les arrojaron pesetas en vez de ramos, lo que si es ménos poético es más productivo.

Ménos divertidos que los espectáculos escénicos, pero tan anunciados como ellos, son los sermones. Se repartian invitaciones en aquellos dias para el que debia tener lugar en la iglesia congregacionalista. El venerable orador se habia propuesto predicar sobre los medios de adquirir riquezas. ¡Util tema! Mas sus monedas eran todas espirituales, y muchos han reservado para más adelante hacerse de capitales de esta clase.

La bahía, por su extension, seguridad de su abrigo y hermosa perspectiva, no admite rival. Puede encerrar todos los navíos del mundo; sus aguas sufren raras veces las tempestades del Océano. Pero lo que la pluma no puede describir es la transparencia del aire, el cielo puro, sin ser ardiente, y la limpidez incomparable de la luz que baña las montañas que la circundan. Observando por largo tiempo los rayos de sol arrojar su último brillo sobre la cima de Monte Diablo, se siente carecer, para reproducir el paisaje, de esa feliz inspiracion de Carlyle al relatar la puesta del sol en el mar Artico.

## CAPITULO X.

### RECUERDOS HISTÓRICOS.

Hace ciento quince años (1769), en el lugar donde hoy se halla situada la ciudad de San Diego, tenia efecto una imponente ceremonia.

Los cañones españoles hacian oír por primera vez su voz en las aguas de aquel puerto, no en señal de combate, sino de regocijo. Un solemne *Te Deum* se entonaba, concurriendo todos los que se encontraban en el sitio á ese oficio religioso, que presidia un padre franciscano.

Inaugurábase la primera mision de la Alta-California y se daban gracias al cielo por la feliz reunion de tres expediciones que, con cortos intervalos entre una y otra, habian partido de la península vecina con el objeto de explorar y colonizar aquellas tierras.